

LIBROS

NAOMÍ KLEIN. (2011). *La Doctrina del Shock: el Auge del Capitalismo del Desastre*. Buenos Aires, Paidós Editorial. Pp.708.

La cuestión de la seguridad ha estado en boga de todos y se ha transformado, en los últimos años, en valuarte del periodismo; pero el mismo parece no ser parte de la solución sino del problema. Desastres naturales, teorías apocalípticas, virus pandémicos, y ataques terroristas se han configurado en un marco simbólico que preocupa pero a la vez entretiene a las audiencias en todo el mundo. En este contexto, la sensibilidad moderna parece atada a la inseguridad como la medieval por el miedo al infierno.

Dadas estas condiciones, Naomi Klein (2008) instala un nuevo término en el estudio de los desastres, asociado a las oportunidades y la flexibilización de las condiciones de trabajo y contratación por las cuales, la economía de los Estados Unidos crea una «doctrina del shock» para implementar políticas que de otra forma serían rechazadas por la ciudadanía. El «capitalismo del desastre», agrega Klein, utiliza el miedo como un efecto dominador sobre la población a quienes el sistema privatizador no les da otra solución más que una promesa de falsa seguridad. Todo estado de crisis permite que se venda «al mejor postor» la infraestructura estatal a manos privadas a la vez que las personas se encuentran entre el trauma y el pánico. En su estado de vulnerabilidad,

los sujetos aceptan cuestiones y reformas que de otra forma rechazarían radicalmente. Luego de una minuciosa lectura del libro en cuestión, la tesis de la doctrina del shock es clara a grandes rasgos, toda crisis real o percibida, da lugar a cambios concretos. El capitalismo necesita de escenarios de devastación para construir nuevas estructuras urbanísticas, como el caso de Sri Lanka, donde tras el Tsunami que conmocionara al mundo se levantaron lujosos centros turísticos.

Por desgracia, las apreciaciones de Klein no son el fruto de un trabajo científicamente riguroso ni mucho menos de fuentes claras (la mayoría artículos de diarios y periódicos) por lo que su locuaz tesis se ve disminuida. Abiertamente Klein advierete, «durante tres décadas, Friedman y sus discípulos sacaron partido metódicamente de la crisis y los shocks que los demás países sufrían, los equivalentes extranjeros del 11 de Septiembre: el golpe de Pinochet otro 11 de septiembre, en 1973. Lo que sucedió en el año 2001 fue una ideología nacida a la sombra de las universidades norteamericanas y fortalecida en las instituciones política de Washington por fin podía regresar a casa» (Klein, 2008, p. 34).

El libro de referencia se encuentra estructurado 21 capítulos que describen las

maneras y las narrativas que articula el poder político para instalar la «doctrina del shock», trazando fronteras específicas a ciertas zonas, consideradas indeseables o muros de protección. El miedo, siguiendo este argumento, apela enseguida a una intervención, pero no solo ello, permite que las políticas de la intervención se concreticen. Desde las dictaduras latinoamericanas hasta el 11 de Septiembre, Klein repasa una serie inusitada de hechos históricos y la forma en que las democracias han caído frente a la dictadura del capital. En un sentido, Klein explora el rol de la modernidad de forma periférica, tal vez narrando con una sensibilidad inusitada sus consecuencias, pero sin ahondar sobre las causas de la misma. Este punto es de suma importancia para comprender su trabajo ya que algunos sociólogos han considerado que la visión de Klein es cómoda y anclada en un sentimiento de paranoia por lo que se asume una conspiración mundial del mercado; por el contrario, para otros su postura es rechazada no por inverosímil sino ser demasiada descarnada para el estatus-quo. Como sea el caso Klein desconoce cuales han sido las fuerzas históricas y sociales que contribuyeron a la creación del libre mercado (sus ataques sólo se remontan al economista liberal M. Friedman pero cabe recordar las raíces del liberalismo vienen de mucho tiempo atrás). No formada académicamente dentro de los claustros universitarios, Klein, no obstante, provee elementos e indicadores que ayudan a comprender como funciona el capitalismo moderno y su necesidad de destrucción cíclica para una nueva creación. Este tema, merece particular atención. Veremos a continuación que el proceso democratizador que da lugar al libre mercado no puede nacer en otro lugar más que en Inglaterra por diversos motivos. Los sociólogos posweberianos, Robert Castel y David Harvey ayudarán a comprender mejor el devenir histórico de nuestra época actual.

La modernidad capitalista se aborda por varios flancos pero la mayoría de los autores tienen problemas conceptuales para poder, en primer lugar, describirla con claridad, segundo explicar su devenir histórico. En este sentido, P. Harvey (2004) enfatiza en la naturaleza dinámica y multifacética de la posmodernidad desde una perspectiva bastante convincente. Una de las cuestiones más importantes sobre el término es poder llegar a una definición clara, objetivo que hasta el momento no ha podido ser cumplido. La posmodernidad es el capitalismo que denuncia Klein. Existen no solo diferentes acepciones de modernidad y posmodernidad, sino que además lo posmoderno parece diluirse en un cambio anárquico y progresivo. Desde su perspectiva, Harvey considera que la posmodernidad, en tanto, vanguardia estética, ha roto con los ideales de la ilustración sobre lo eterno y lo inmutable para convertirse en «un pastiche» que se mueve bajo una lógica de «destrucción creativa». Para crear nuevas cosas, lo postmoderno avanza destruyendo todo a su paso. Pero a su vez, vuelve a destruir lo que había creado retroalimentando un proceso de destrucción, construcción para una nueva destrucción (ambivalencia). Por otro lado, si la Ilustración propugnaba la idea que el mundo podía ser descrito y controlado sólo si los hombres aceptaban que todo problema tenía una unívoca causa, para la posmodernidad los problemas son multi-causales y su etiología totalmente subjetiva. Ciertamente, el cambio pudo haberse producido, admite Harvey, por el malestar que había provocado la Ilustración y una pérdida de fe «progresiva» en el avance del progreso. La desigualdad de las clases sociales producidas por el avance del capitalismo fue otro factor de quiebre epistémico que asumía la idea que las cuestiones del hombre requerían múltiples respuestas, nace así una especie de relativismo que reemplaza al argumento científico de la Escuela de Viena por una

«hegemonía» de las cualidades sensibles del sujeto para comprender la realidad. En consecuencia, no habría un «mundo real» sino varios mundos construidos y presentados como «reales». Se da, en resumen, progresivamente una serie de quiebres y fragmentaciones de saberes que conllevan a una confusión metodológica subordinada a una lógica de consumo capitalista y a una vida social basada en el cálculo racional de los efectos (especulación). Esa incesante incertidumbre e inestabilidad sentaron las bases para el advenimiento de un miedo constante el cual puede observarse en todos los aspectos importantes de la vida en sociedad. Cabe aclarar que el primer modernismo, hasta 1945, fue «heroico» pero atravesado por el «desastre». Posterior a ese proceso, sobrevino un «modernismo alto» en donde se enfatizaban los valores del progreso y la emancipación de la Ilustración; pero la racionalidad del altomodernismo dio lugar a una nueva forma estética, el posmodernismo; movimiento por el cual la alineación del hombre-máquina promovida por ciertos sectores artísticos y culturales fue absorbida, elaborada y canalizada por los grupos políticos en una ideología liberal específica. Para tal caso, escribe Harvey, los políticos comienzan a incorporar nociones estéticas creando una ideología oficial que hace de la rebelión no solo su mayor valiente, sino un fin en sí. La burocracia técnica dio lugar a movimientos anti-modernistas (principios del 60), que generaron una fragmentación de la cultura en varias contra-culturas. Si bien todos estos movimientos, terminaron en un estrepitoso fracaso fueron la precondition para el surgimiento de la postmodernidad y toda la «incoherencia» que trae consigo.

En este punto y para Harvey, el posmodernismo alcanza también una idea de fragmentación pero sin intentar contrarrestarla como sí lo intentaba el modernismo. El posmodernismo parte de varias narrativas todas ellas consumidas

dependiendo del contexto del sujeto, sin un lugar de poder fijo sino simplemente transmutable. Si una de las características fundamentales de la modernidad es hablar por los otros pero bajo un único argumento, la posmodernidad enfatizará en que todas las minorías tienen su propio derecho a expresarse y a ser aceptados (concepción pluralista). Los textos narrativos de los actores serían complejos textos y voces que anteceden y destruyen la posibilidad de instaurar cualquier meta-narrativa. Básicamente, el posmodernismo quiere perfilarse como una forma de experimentar y estar en el mundo pero su fragmentación conlleva a un problema psicológico el cual no ha sido observado en otras épocas, el riesgo, la ambigüedad y la incertidumbre. En este sentido, Jameson hace referencia a lo posmoderno como un collage en donde predomina la superficialidad, el impacto «instantáneo» que reverencialmente se sustituyen animismo en el tiempo. El posmodernismo, no sería otra cosa, siguiendo este desarrollo, que una lógica subyacente del capitalismo tardío (Jameson, 1984). Entre tanto el concepto de cultura juega un rol primordial en la configuración de escenarios estéticos, cuyo valor agregado, conllevan a una estimulación en el consumo. Si para Jameson, el quiebre de la modernidad es cultural en D. Harvey es económico. La ruptura entre la posmodernidad con la modernidad nace de la crisis Árabe-Israelí en 1973 que puso en vilo a todo el mundo Occidental por el embargo a las exportaciones de petróleo. Como resultado de un aumento en las fuentes energéticas, el capital existente tuvo que diversificarse hacia el préstamo y una posterior acumulación flexible.

De esta forma, las nuevas económicas de mercado hicieron un fuerte énfasis en el signo como criterio de consumo principal. Si la lógica fordista de montaje exigía a los fabricantes tiradas de productos seriadas, la nueva forma econó-

mica se centró en el consumo a medida cuya reacción fue la creación de un capital global y móvil. Los constantes cambios que exige el capital móvil obligan a los consumidores no solo a vivir el día a día sino además a verse envueltos en un clima de constante incertidumbre donde la antigua comprensión del espacio-tiempo se ha desdibujado por completo. La ilustración y la crisis de valores que ella despertó obligaron a mirar el mundo por medio de un nuevo prisma, los mapas. De esta manera las crisis subsiguientes del modernismo y posmodernismo empujaron a una nueva concepción de espacio y tiempo. La paradoja central de la posmodernidad, sin lugar a dudas, es cuanto menores son las barreras espaciales para la movilidad individual, mayor es la sensibilidad del capital a los cambios. En consecuencia, el incentivo para reciclar y diferenciar los lugares para atraer flujos de capital es un fenómeno más que interesante para investigar. Existe, adhiere Harvey, una tensión entre centralizar y descentralizar, entre historia y presente, son aspectos importantes para comprender la competencia por la hiper-acumulación; sin más, la tendencia a la patrimonialización de la cultura o a la invención de espacios para el consumo turístico son ejemplos claros de dicho proceso (Harvey, 2004). Como dice Klein, el capitalismo necesita de un proceso de destrucción para edificar su consumo y destruirlo nuevamente para volver a construirlo.

El devenir de la desprotección que implica la modernidad ha sido progresivo.

R. Castel afirma que el hombre busca una zona de «cohesión» para resguardarse del riesgo que representa su existencia. Desde las sociedades pre-industriales hasta las post-industriales, se asiste a un cambio radical en la forma de concebir el trabajo. Se parte de una vulnerabilidad dada por exceso de coacciones que finalmente sucumbe frente a un debilitamiento progresivo de las diferentes protecciones. Para el hombre, lo social se

encuentra como mediador entre el trabajo y el mercado. En la edad media, los vínculos estaban dados por linaje, parentesco y coexistencia física (proximidad). Por el contrario, los riesgos estaban dados por el accidente de quedar huérfanos o aislados del sistema de protecciones de la sociedad feudal (riesgo de desafiliación). No obstante, el sistema social reacomoda sus desajustes localizando al huérfano dentro de una familia más extensa (familia providencial) funcionando como verdaderos sistemas orgánicos integrados. Si bien estas sociedades, estaban completamente expuesta a grandes catástrofes, miserias y guerras, su forma de adaptación generaba seguridad en sus miembros. La protección estaba condicionada a la interacción y el aislamiento significaba la muerte del sujeto. Este tipo de sociedades no son móviles pero son eficaces frente a la «desafiliación». La asistencia nace como el primer intento feudal de protección por cercanía y para ello era necesario que el sujeto tuviera un domicilio fijo. En el siglo XIV la peste negra y los diversos cambios demográficos que ella generó, causaron una merma en la fuerza de trabajo (brazos) y un aumento en la oferta. En busca de mejores condiciones miles de campesinos comenzaron una movilidad que las estructuras políticas y eclesiásticas intentaron prohibir, surgen así los primeros atisbos de movilidad en la Edad Media en donde el trabajo tradicional y vocacional comienza a ceder paso a una especie de cambio de paradigma.

El vagabundo en tanto que símbolo del proceso de desafiliación creciente que implica la modernidad ha sido perseguido, encarcelado y hasta ejecutado históricamente por ser un actor que desafía el orden dado por el pacto social. El constante crecimiento del vagabundeo representa el debilitamiento progresivo del lazo social y las redes de sustentabilidad para proteger al sistema productivo. El vagabundo no solo no poseía una profesión fija sino

representaba un peligro para la mayoría de las personas. La movilidad estaba supe-
 peditada a una necesidad de desplaza-
 miento en busca de oportunidades. La
 imagen negativa del vagabundo (como te-
 mido) se corresponde con una construc-
 ción cultural que obedece a un manejo
 político. Su condena hablaba más de la
 imposibilidad de transformar la situación
 que de su verdadera peligrosidad para el
 sistema. El rastreo histórico de Castel ad-
 vierte que este proceso no se detendrá
 hasta el inicio la modernidad liberal. Los
 gremios formados alrededor de la profes-
 ión y de la protección del maestro dan
 lugar a una nueva forma de acumular ga-
 nancias y de transformación de la empre-
 sa por medio de un discurso «corporati-
 vista» que intenta ser controlado y
 reprimido por el Estado a cualquier costo.
 La necesidad de que «otro» trabaje para
 el maestro y que ese mandato sea volun-
 tariamente obedecido, es, sin lugar a du-
 das, la base ideológica del capitalismo
 comercial pre-industrial, admite el pro-
 fesor Castel. En esta época, la ganancia
 ya no está con quien produce sino con
 quien comercia. El liberalismo no pudo
 ser posible antes del siglo XVIII por va-
 rios motivos, entre los más importantes se
 encuentran: la idea de acceder al trabajo
 libre sin las ataduras de los gremios, la
 afluencia de más capital que trascendía
 los límites feudales, la caridad celosa
 sede su espacio a la formación de una
 nueva clase: el proletariado. De esta ma-
 nera, la afluencia de capital acelera el
 proceso de individualización en donde las
 antiguas instituciones se ven incapaces
 de proteger a los individuos generando
 un estadio irreversible de fragmentación
 social. La percepción (inflación) moderna
 de los riesgos se corresponde con una
 tendencia de «liberalización» de la eco-
 nomía asociada a un aumento en las vul-
 nerabilidades del trabajador. Las anti-
 guas instituciones de caridad comenzaron
 a verse como escollos para el progreso y

la libertad del trabajo: «*la libertad de tra-
 bajo debe liberar también la iniciativa
 privada, el gusto por riesgo y el esfuerzo,
 el sentido de la competencia. El deseo de
 mejorar la propia condición es un motor
 del que la industria no puede prescindir.
 Se está en las antípodas de la concep-
 ción tradicional, para la cual la norma
 social consiste en inscribirse en un or-
 den fijo y quedar satisfecho. Es total la
 ruptura con la sociedad de órdenes, de
 estatutos, de estados, regida por las tute-
 las*» (p. 177). El mercado para esta ideo-
 logía se presenta como el único capaz de
 lograr cohesión entre los individuos y de
 hegemonizar la desgracia por medio de
 la generación de más deuda.

Sin lugar a dudas, una de las mayores
 falacias del libro de Klein no es por lo
 que dice, lo cual puede ser ilustrador y
 veraz sino por aquello que calla. Al igual
 que muchos intelectuales de incansable
 fama pero escasa rigurosidad científica,
 Klein considera al capital como una crea-
 ción azarosa del destino, que en la mo-
 dernidad actúa soslayando la libertad in-
 dividual de las personas. Su tratamiento
 sobre el caso ruso, argentino o chileno
 dista de ser real, además de los groseros
 errores de concepto.

Recordemos, Klein dice que la
 U.R.S.S cae por la introducción del libre
 mercado la cual sólo fue posible gracias a
 la doctrina del desastre. En este punto,
 toda acción del mercado es anti-de-
 mocrática por antonomasia y coercitiva.
 Si observamos los postulados weberianos
 sobre el capitalismo y las cadenas racio-
 nales veremos que tanto el industrialis-
 mo capitalista como el socialista tienen
 mismo origen: mega-urbanización, pro-
 ducción industrial pesada y control racio-
 nal de los efectos.

Asimismo, la relación de la CIA (com-
 pañía de inteligencia americana) con los
 golpes de estado latinoamericanos lleva a
 un discurso unívoco en donde no se ana-
 lizan con claridad las causas reales del

terrorismo. Históricamente, la compleja relación entre los grupos golpistas, políticos destituidos e insurgentes no parece ser tan simple como Klein plantea. Un rastreo historiográfico sugiere que los grupos disidentes obedecen a facciones políticas expatriadas que controlaban la revuelta desde fuera. Uno de los problemas fundamentales de los mal llamados «guerrilleros» latinoamericanos era que no tenía representación política y en consecuencia sus actos estaban prohibidos. Un estado incapaz de mantener el orden y que recurría a la tortura u otros actos ilegales en combinación a una agrupación de disidentes que se escondían detrás de la población para perpetrar sus ataques, dieron como resultado lo que Klein llama el estadio de Shock. Si bien puede ser cierto pero hartamente improbable la participación de la CIA, en estos procesos, lo importante es que el terrorismo es una relación dialéctica entre dos o varios actores y no sólo patrimonio de uno. El «terrorismo de Estado», término falaces si los hay, parece ser uno de los caballitos de batalla de Klein.

En tanto que manipulación política que engendra desestabilización de una región o ciudad con fines tan diversos que es difícil clasificar al terrorismo; empero la mayoría de los procesos (con mayor o menor virulencia) se corresponden con tres facetas: a) formación, b) expansión y desestabilización y c) retracción. Recordemos al lector que en una primera fase, los insurgentes reivindican una causa y se invisibilizan (es decir se desterritorializan muchos de ellos auto-declarándose clandestinos) para luego saltar a la expansión la cual no es otra cosa que un ataque sistemático a ciertos grupos considerados como vulnerables; la víctima de estos ataques no sabe el destino que le depara. Más allá de la monstruosidad de estos actos, el fin es disuadir al Estado en términos de escuchar las demandas. Debido a que el Estado no tiene control de la situación recurre a la tortura como

método utilitarista para frenar el próximo ataque; empero la técnica de tortura tiene una particularidad, nunca es efectiva, por la sencilla razón que «quien está involucrado en los ataques prefiere morir sin hablar» y quien habla es una persona que no está familiarizada con ellos pero lo hace porque «no soporta el dolor»; este último escenario por desgracia lleva a nuevos «inocentes» hasta el punto de multiplicar la tortura por doquier. No obstante, la presión y el poder represivo del estado son tan grandes, que en una última fase, el grupo insurgente es diezmado y debe retraerse pero eso no sugiere su total desaparición.

En consecuencia, el terrorismo debe comprenderse como una respuesta, no a la modernidad ni a la doctrina neo-liberal, sino al imperialismo. En una etapa inicial, las élites locales, promotoras ideológicamente de los grupos rebeldes, mantienen una relación de «amistad» y cooperación con los imperios, pero una vez «rotas esas relaciones» (ya sea por retraimiento del Imperio, desestabilización económica o simplemente por desengaño), nace el discurso del «odio» que guía (tanto de un lado como del otro) a la matriz «terrorista». Además dicho sea de paso, los grupos rebeldes por regla general siguen patrones psico-sociales de representación místico-religiosa aún cuando se presenten como seculares. En este sentido, Al-Qaeda, Montoneros, ERP, Sendero Luminoso y Hamas tienen puntos importantes de discordancia pero mucho en común: el espíritu «paranoico» que responde a una imposibilidad manifiesta del yo para romper con la dependencia externa. Pero su lucha parte de una ausencia, Al-Qaeda lucha en nombre del profeta Mahoma quien se cree ascendió a los cielos en cuerpo, Montoneros en nombre de Perón físicamente en España, y ERP de Lenin. Enarbolando los valores y banderas de héroes ausentes, sus enemigos se presentan siempre «como potencias» o «entidades» más

grandes, fuertes, poderosas, corruptas, malignas e incontrolables que hablan de una situación previa de sumisión. El paranoico o «manía persecutoria», necesita, estar sometido y comprender el mundo que lo rodea. Su complejidad lo asusta, y la conspiración le da sustento a su vida, y orden al caos. El terrorismo como filosofía no desaparece con el estado derecho sino que muy bien puede mantenerse solapado por años; incluso en la vida democrática. El pensamiento paranoide es incorregible y toda evidencia contraria es llevada para reconfirmar el postulado inicial, hecho por el cual algunos especialistas sugieren que dar a estos actores representación política es una forma de mitigar los efectos más negativos de la clandestinidad. La persecución (en todas sus formas) sólo alimenta la fuerza del espíritu paranoide y sienta las bases para el advenimiento del terrorismo. El espíritu «del terror» no es monopolio de un grupo sino que nutre tanto a políticos o gobernantes, como a intelectuales, empresarios, religiosos, escritores, etc. Siguiendo este razonamiento, Klein sugiere erróneamente que la doctrina del shock fue originalmente acuñada en las dictaduras latinoamericanas de los 70, producto de las enseñanzas de la CIA como mecanismo de control político y económico. Mas su tratamiento sobre la idea democrático vuelve a ser imparcial. Mayor representación republicana no implica mayor democracia, y aún si así fuere, la democracia moderna parece no ser la solución a la escalada de violencia sino el brazo del capital. Como bien hemos explicado en el siguiente trabajo, la democracia anglosajona, el libre mercado, el capital y sus efectos sobre la percepción humana son producto del mismo proceso.

A propósito, T. Eagleton llama la atención sobre el cinismo de ciertos intelectuales que atacan la superficialidad del posmodernismo, (efectos del capital) pero sin reparar en sus raíces o causas principales (el liberalismo democrático), como

ser el flujo del capital y su alta movilidad. La ilusión o el poder de la ideología no radican tanto en lo que se dice o se permite ver, sino precisamente en aquello que se silencia pero sigue soslayadamente tan presente en nuestra vida que no atinamos a notar. Las críticas de los jóvenes a los ideales de ilustración no solo serían infundados sino recubiertos de una gran duda, la paradoja, explica Eagleton es que los jóvenes disidentes que piensan saberlo todo sobre Foucault, realmente no piensan lo que creen que piensan. De esta forma, en el posmodernismo se puede hablar de todo y a la vez de nada. Se puede tocar el tema de la cultura humana pero no de la naturaleza humana, de género pero no de clase, de postcolonialismo pero no de burguesía. El posmodernismo ha desafiado y puesto al descubierto a la mayoría de las instituciones de forma que si todas las convenciones son arbitrarias, las prácticas sociales deben estar circunscritas a cierto individualismo. Lo material ha dado lugar a la hegemonía del dinero y del signo por el cual se crea más dinero dando rienda suelta a los placeres y el determinismo reduccionista del libertinaje (Eagleton, 2004). «*El poder del capital es ahora tan terriblemente familiar, tan sublimemente omnipotente y omnipresente que incluso vastos sectores de la izquierda han logrado naturalizarlo, tomándolo por garantizado como una estructura tan incommovible que es como si apenas tuvieran coraje para hablar de él*» (Eagleton, 2004: 47). El mercado mueve una fuerza anti-elitista que nivela toda distinción bajo un uso de igual jerarquía abstracto como el dinero cuya significancia se encuentra vinculada al valor de cambio.

Por último y no por ello menos importante, Klein desconoce realmente como se ha forjado el ideal democrático ya que no tiene una formación helénica fuerte. En efecto, cómo bien explica el profesor C. Castoriadis (2006), la democracia ha sido, como la geometría o mis-

mo la filosofía un concepto nacido de Atenas. A diferencia de la mitología judeo-cristiana e incluso la reforma donde los dioses protegen a los hombres y ponen el mundo a su disposición, para los griegos el hombre era sólo parte mínima del mundo, y entonces, no huelga decir, debía demostrar ser merecedor (conquistador) de vivir en ese mundo. Esa idea de competir constantemente para sobrevivir, lleva inevitablemente a la idea del más fuerte, expresión máxima del deporte (acción), la filosofía (pensar) y democracia (ciudad). Por lo tanto, la democracia no era un régimen de organización política sino un concepto por medio del cual cualquier ciudadano podía abolir, en asamblea, una ley si la consideraba injusta. Contextualmente, la legitimidad del rey y su senado no estaban en duda ya que la organización republicana era un concepto ajeno a la democracia. Precisamente, la democracia no denotaba masividad sino elitismo y «el gobierno de los más sabios» (aristocracia). Los griegos consideraban que aquello que se extendiera a todo el pueblo no solo podía ser perjudicial para el orden, sino que también atentaba contra la propia ciudad porque sentaba las bases para el advenimiento de una dictadura. En resumidas cuentas, es la democracia anglosajona la que considera a lo masivo como necesario.

La dicotomía se da, sin dudas, en el binomio libertad versus opresión. El capital, la democracia y el mercado están inherentemente ligados. En la libertad de acción (no de pensamiento) el capital se expande ideológicamente conectando ausencias con presencias (modernidad) generando así una nueva forma de concebir el mercado y las relaciones humanas ya sea por el miedo, riesgo o indiferencia que engendra el verdadero estado de desastre (Giddens, 1991; Bauman, 2007); este es el error conceptual de Klein más común en su trabajo. Por su parte, el utilitarismo, cuya tesis pro-

pugnaba una justa distribución de la felicidad para todos los ciudadanos, se encuentra acompañado al libre mercado. El concepto helénico de democracia era aristocrático ya que el mundo se concebía como un lugar peligroso, inhóspito y ajeno a la voluntad del hombre, por lo tanto, desigual. En perspectiva, las asimetrías entre los hombres, cuya máxima expresión es la esclavitud, concentran un ideal de perfección (*areté*) al cual seguir en momentos de crisis. La masividad es funcional a la hegemonía, advertían los socráticos. Por tanto, extender los derechos a todos, implica un doble riesgo para la mentalidad antigua ya que ese ideal apolíneo se pierde y por lo tanto en la igualdad nace la injusticia.

Existe una tendencia académica en la actualidad a denunciar sin entender, y esa tendencia es, no solo muy fuerte, sino extendida en la forma de pensamiento de los intelectuales y/o funcional a las elites que dicen denunciar. Como afirmara Zizek (2005), la mayoría de los académicos gozan de posiciones privilegiadas y les encanta denunciar la pobreza, no por altruismo simplemente porque de esa forma refuerzan su posición exclusiva con la certeza de tener material de denuncia suficiente para alimentar su ego por muchos años. Perversa en su concepción, la posición académica sobre las injusticias y los desastres no explican sus causas sino enfatizan sobre sus efectos generando mayor desinterés y confusión.

REFERENCIAS

Bauman, Z. 2007. *Vida de Consumo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Castel, R. 1997. *La Metamorfosis de la Cuestión social. Una Crónica del salariado*. Buenos Aires, Paidós.

Castoriadis, C. 2006. *What shapes Greece: from Homer to Heraclitus. Seminaires 1982-1983. Human Creation II*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Economica.

Eagleton, T. 2004. *Las Ilusiones del Posmodernismo*. Buenos Aires, Paidos.

Giddens, A. 1991. *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*. California, Stanford University Press.

Harvey, P. 2004. *La Condición de la Posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Jameson, F. 1984. «Postmodernism, or the cultural logic of late Capitalism». *New Left Review*, 146: 53-92.

Klein, N. 2008. *La Doctrina del Shock. El Auge del Capitalismo del Desastre*. Buenos Aires, Paidos.

Zizek, S. 2005. *El Títere y el Enano: en núcleo perverso del Cristianismo*. Buenos Aires, Paidos

Maximiliano E. Korstanje
Universidad de Palermo, Argentina
Int. Committee on Disaster,
Bryant, Texas.

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN, (2011), *Cabeza moderna / Corazón patriarcal (Un diagnóstico social de género)*, Barcelona, Editorial Anthropos,, 129 páginas.

Es un ensayo tanto en lo que tiene de reflexivo como de experimento retórico y literario, de búsqueda de forma a un mensaje. Tal vez pueda hablarse de un discurso en busca de un discurso. Incluso, recogiendo la segunda caracterización, es un conjunto de discursos en busca de un discurso. Corpus de discursos que, a su vez, se alimentan de referencias empíricas, en un hablar de lo que pasa y, sobre todo, de lo que empíricamente se observa. Es en este aspecto donde cabe la mirada metodológica, en la que me centraré más adelante.

Desde luego, no es un discurso nuevo en la autora, pues, como se dice en el texto son ya varios los decenios pasados por María Antonia García de León en la denuncia de los obstáculos de las mujeres en el acceso a las posiciones del poder o, lo que puede llegar a ser lo mismo, la sistémica y sistemática exclusión de las mujeres del poder, de los espacios de poder, siguiendo las metáforas espaciales que se utilizan en el libro. En especial, se ha centrado en los espacios de poder intelectual, donde se dice que impera la razón. Se ha venido cuestionando cosas como: si la mujer tiene la razón, como categoría social que exige la igualdad, y los créditos más que suficientes que, ya en casos concretos, legitimarían a sus componentes individuales para acceder a esos espacios de poder, por qué está ausente de los mismos. Es su clasificación como mujer, subrayando la idea de que el género es una clase social, lo que la desclasifica para tales espacios. Pero, siguiendo la escuela bourdiana a la que la autora es tan afín, toda clasificación es un ejercicio de dominación, del propio poder.

Es un libro que denomina esquizofrenia social a esa posición de lo que puede considerarse la aristocracia profesional-intelectual de género, al estar, como indica el título entre una cabeza moderna y un corazón patriarcal. Un título que interpreto como una inversión de ese brillante apunte del Anti-Edipo, de Deleuze y Guattari. Un libro que sedujo a unos cuantos de mi generación bajo el impulso de Luis Martín Santos. Un libro que también diagnosticaba nuestro momento histórico de esquizofrénico. Pero, ha habido un cambio de esquizofrenia: de la del Cuerpo Sin Órganos del Anti-Edipo pasamos a los Órganos Sin Cuerpo de Cabeza moderna y corazón patriarcal. Título que, así tomado, parece indicar la ausencia de unidad y, a la vez, una propuesta de consistencia en la modernidad.

Órganos que están en un mapa, en una cartografía, como le gusta decir a la autora. Tal vez un eje poco explicado, el que enfrenta lo patriarcal a lo moderno, pues, en principio, chirría la ausencia de vinculación entre no patriarcal y modernidad, algo que es admisible sólo como horizonte, como gran discursos. La modernidad como el nido de los grandes discursos (Lyotard) y el feminismo como el gran discurso central de la modernidad tardía, que sigue siendo modernidad porque tiene grandes discursos. Un gran discurso que, como se apunta en el propio texto (página 22), tiene agujeros regresivos, caídas en la comodidad de no actuar. En la actualidad, no hay ningún discurso tan legitimado y que, a su vez, legitima más como el discurso feminista. Cualquier otro discurso, cuenta hoy con grandes agujeros de legitimidad. Ni siquiera

el discurso del liberalismo, de los mercados, ya la tiene.

Quedo en esta idea del feminismo como el gran discurso actual, como la gran narración contemporánea, para intentar conectarlo con un tipo de narración muy querido para la autora, tanto en esta obra como en otras. Es la narración biográfica. Pero he aquí que mientras aparece el feminismo como discurso que mantiene el hálito de la modernidad, la autora coquetea con la idea de la mujer como ser postmoderno.

La narración biográfica es una búsqueda de sentido, de unidad, a una vida. Es cierto que, como toda narración —por ficticia que ésta sea— se vincula con las condiciones materiales. Y si las condiciones materiales son distintas para las distintas categorías sociales son distintos los esfuerzos para construir esa unidad. Por eso, las biografías de hombres y mujeres son distintas. Pero, más allá de esto, hay que resaltar lo que creo que es el núcleo de esta obra, como es la relación entre gran discurso, poder y discurso biográfico.

Lo que impide el discurso biográfico, alimenta, como consecuencia no querida, el gran discurso del feminismo. Y, viceversa, el gran discurso de la transformación y contra el poder se convierte en la legitimación para la producción de discursos biográficos. La biografía de mujeres como una propuesta, tanto metodológica, como político. Se establece una especie de círculo virtuoso entre ambos tipos de discurso, el biográfico y el sociohistórico, como la que ya apuntaron Thompson, Ferraroti o el recientemente fallecido Fraser.

El conjunto del texto puede entenderse como una biografía. Se confiesa en la presentación como un paso biográfico más en un trabajo de varios años. Por ello, las frecuentes autocitaciones. Participante de las élites profesionales femeninas habla de las élites profesionales femeninas; pero, también de su propia

trayectoria en el capítulo «Memorias intelectuales de género». A través de la biografía, personal, se construye la memoria colectiva y, por lo tanto, la historia. Se hace y se está en la historia.

Desde una perspectiva micro, el relato histórico es empático, produce empatía, complicidad, como ocurre en casi toda entrevista. Parece que se roban vidas a través de las transcripciones o, como en una narración de Ray Loriga, se da la vida en la narración biográfica, cuando Tokio ya no nos quiere. Hay un placer en la observación biográfica. Tal vez sea malsano.

Desde el punto de vista metodológico, hay que resaltar cómo las biografías de mujeres se convierten en un nosotras: se producen para el nosotras, se reciben desde el nosotras. La situación sociológica de observación biográfica convierte un aparente discurso individual, poco o nada compartido en su desarrollo ya que la vida es de cada cuál, en una empatía colectiva. Queda la tarea metodológica de preguntarse por el proceso que ineludiblemente lleva a este resultado, del yo a un nosotros/nosotras, desde la propia situación de complicidad de la confesión biográfica, a su extensión en la interpretación, de manera que sujetos atípicos se convierten en arquetípicos, mujeres extraordinarias (Pardo Bazán, Carmen Laforet, Clarice Lispector o Antonieta Rivas, entre las presentes en el libro) se convierten en muestra de la generalidad. Desde el punto de vista de la estrategia de investigación de la autora, la elección de estas mujeres es pertinente, pues preguntándose porqué lloran las mujeres que están en la élite se observa el sufrimiento de género y un género específico de sufrimiento.

Tras la introducción y las manifestaciones de principios, el capítulo dos entra en materia. Cabeza y corazón se convierten en ideología y práctica, en lo que se dice y lo que se hace. Es la partición matriz, la primera esquizofrenia, que, a su

vez, se convierte en la fuente de otras, de otras luchas, en otros niveles. Así, chocamos cada día con notables contradicciones, como, por ejemplo, el anuncio de la muerte de la figura del ama de casa (página 38), pues parece que ya nadie quiere ser ama de casa, pero las tareas del hogar lo siguen haciendo las mismas. Eso sí, bajo otro nombre, como el de conciliadoras.

Así, el texto se nutre de zombies, ahora que están tan de moda. El patriarcado, el ama de casa, la opresión de la virginidad, las chicas bien, las hijas de Bernarda Alba, la familia tradicional... han muerto... y no han muerto. Son zombies que se reencarnan en nuevas figuras: neomachismo, puede-con-todo en doble-jornada, tristes material-girl, élites discriminadas y silenciadas, familias-con-abuela-para-cuidar-de-todos.

En el de la producción de los grandes discursos: la pugna entre el discurso igualitarista del feminismo y los discursos desigualitaristas de la publicidad, principal mina de discursividad en la actualidad. Es en la publicidad donde viven más cómodamente los zombies sociales. Pero no sólo hay conflictos. También hay alianzas, como la establecida entre mujeres — parece que sanchas por posición estructural— y sanchopancistas — parece que por elección.

El tercer bloque del libro es una colección de reseñas. Tal vez una gran reseña sobre reseñas de libros. Bloque inclinado a repeticiones de lo dicho en otras partes de la obra, como los síndromes de «Doris Day» o «abeja reina». Vuelta reflexiva que llega a una reseña de un libro de quien hace el prólogo de éste: Celia Amorós. De hecho, hay bastante de bucle grupal en el libro.

El último apartado, apertura hacia la relación entre género y edad, es de lo más oportuno. Ahora que ya empezamos a tener edad la generación del baby boom y que ellas nos sobrevivirán en proporción inapalable, no sólo es interesante pensar

en la relación entre género y edad. Es necesario observar el significado de ser mujer, fuera de los estereotipos más extendidos en la publicidad. Especialmente en un momento en que buena parte de las consecuencias de la precariedad y la incertidumbre en el trabajo o las relaciones afectivas de la gran transformación-regresión que se está produciendo, siguiendo a Robert Castel, se cargan sobre las mismas mujeres, en este caso en forma de abuelas.

Hay que reconocer que Cabeza moderna/Corazón patriarcal deja un tanto confuso al metodólogo de las ciencias sociales. Sólo su pertenencia al género del ensayo permite perdonar la ausencia de referencias a los procedimientos de diseño, selección o realización de entrevistas o, ya en su apartado final, de designación de un mínimo corpus de tres películas. Bien es cierto, que buena parte de los trabajos en el que se dieron esas aproximaciones empíricas ya ha sido publicada. Pero al lector de esta obra le quedan preguntas sin resolver: ¿por qué estas tres películas y no otras? Aparecen entonces conceptos como los de dato estrella y arquetipo: datos estrella que concretan arquetipos. Una forma de entender la investigación empírica; pero: ¿qué grado de representatividad tienen y, por lo tanto, cuál es su potencialidad en la construcción del espacio público, hablando de las películas? Pero son preguntas, seguramente impertinentes, de impenitente cultivador de la metodología.

Finalmente señalar la implícita consideración de que la única clase real es la de género, salpicada de críticas al marxismo, que van más allá de su concepción como anteojera dominante durante los años de formación profesional de la autora. Sin embargo, buena parte de sus elites profesionales femeninas apenas podrían explicarse sin un desarrollo histórico-económico que constituye el contexto para la expansión de una clase media en la que

arraigan los deseos de movilidad social y profesionalidad o, con mayor precisión, la movilidad a través de la profesionalización. Es cierto que la capacidad para esta movilidad —dejando a un lado la vía vicaria de la misma— es menor y más tardía para las mujeres, hasta que la estructura económica y productiva permite una mayor extensión de esa clase media y que, primero unas pocas y después muchas mujeres fueran sujetos con nombre propio en los dispositivos de selección, como son los estudios universitarios. Parafraseando al Marx del 18 Brumario de Luis Bonaparte: las mujeres hacen su propia historia, pero no la hacen a su propio arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellas mismas. Texto, el de Marx, que también decía, en su primer capítulo, apenas el segundo párrafo: la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Está bien el reconocimiento de las pioneras; pero las mujeres de hoy tal vez estén en otra historia, en otras historias. Por ello, es pertinente que

el libro termine apuntando agendas para el futuro.

Es un libro hecho de la forma del objeto, de lo que se observa, en consciente asunción del principio de Heisenberg, conformándose un discurso fragmentario sobre los discursos fragmentarios de las mujeres. Metadiscurso fragmentario —y no digo esquizofrénico— sobre discursos fragmentarios. Tal vez una fragmentación, una ausencia de unidad, que es la energía de la autora para seguir escribiendo sobre el mismo objeto, para seguir escudriñando, recogiendo aquí y allá. Es una de las ventajas de la fragmentación tomada como un puzzle, cuando se busca la unidad. Pero, ésta es solo mi lectura de un libro que admite varias lecturas —desde la unidad— y múltiples microlecturas, a través de los continuos flash, esquemas, addendas, apuntes, codas o pinceladas impresionistas,... desde la fragmentación.

Javier Callejo (UNED)

